

Sonrisas de una noche

Anton Gilbert

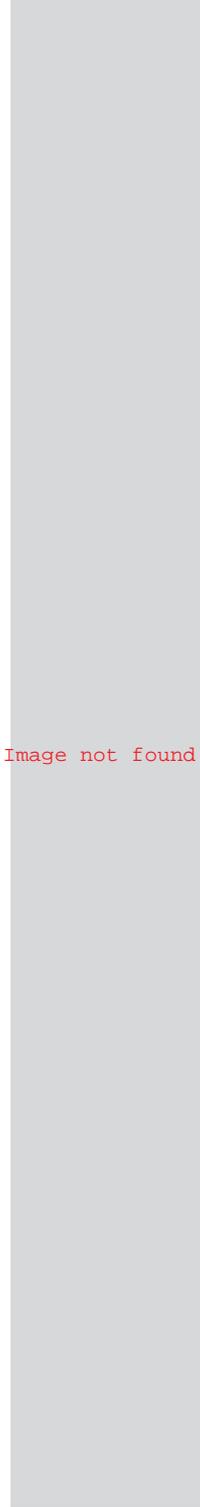


Image not found.

Capítulo 1

Tras una larga jornada en la fábrica, nadie le recibía en su casa. Únicamente el silencio le acogía con un abrazo frío. Lo único que delataba que alguien vivía en ese piso era la pila de platos sucios del fregadero, y el poco alimento fresco que se encontraba en la nevera. No había televisión, y hacía tiempo que no se preocupaba por volver a cambiar las bombillas que se habían fundido. La única luz que penetraba en las habitaciones era la que brotaba de las farolas que iluminaban la calle. No necesitaba más, para él la vida nunca había sido mucho más. No había tenido muchos amigos, nunca ninguna mujer se había fijado en él ni se había sentido querido por sus padres. En cuanto pudo dejó la escuela, y en cuanto pudo se fue de casa. Encontró trabajo en una fábrica y, con su sueldo, pagaba el alquiler y la comida. Ni recordaba ni le interesaba cuanto tiempo llevaba trabajando. Se despertaba por las mañanas, iba al trabajo, cumplía con su horario y volvía a casa. No había nada más allá de la rutina, y en el fondo, era feliz en su monotonía.

Esa monotonía englobaba también Nausica. Noche tras noche se cruzaba con ella en las escaleras del edificio de viviendas al volver del trabajo. Ella se sentaba en las escaleras, esperando que los gritos que salían por la puerta de su casa cesaran. No importaban los sonidos que traspasaran la madera que separaba su hogar del patio común, siempre le saludaba con una sonrisa. La había visto crecer. La primera vez que la vio era una niña flaca, con una sonrisa en la que resaltaba el espacio que había dejado uno de los dientes de leche al caer. Con el tiempo había ido creciendo, y ya podían distinguirse en ella las curvas que caracterizaban a una mujer. Aún así, su sonrisa seguía siendo la misma que la de aquella niña. A lo largo de los años, distintos hombres habían pasado por la casa de su madre, distintos objetos se habían roto en el interior de aquellas habitaciones, pero ella seguía siendo la misma. Seguía recibéndolo con una sonrisa, sentada en el último escalón que conducía al primer piso, y le deseaba buenas noches. Algo que probablemente ella nunca tenía.

Esa noche, bajó del autobús que lo traía del trabajo y andó un par de calles hasta llegar a la puerta de la finca. Al entrar hoyó los gritos que procedían de la casa de Nausica, pero en esta ocasión al comenzar a subir la escalera ella no se encontraba sentada en el último peldaño. Cuando alcanzó el primer piso vio la puerta de la casa abierta; vio como un hombre arrojaba a Nausica al suelo. De la camiseta rasgada asomaba un pecho desnudo. Cuando ella se levantó, el hombre le dio una bofetada. Manaba sangre de la boca que, todas aquellas noches, le había esbozado una sonrisa. Y recordó... recordó las quemaduras con los cigarrillos que le dedicaba su padre cuando era niño. Los golpes e insultos de sus compañeros de colegio. El desprecio que tantas mujeres le habían profesado, calificándolo de idiota, imbécil, lelo... Y por encima de todo lo demás, recordó la sonrisa que todas las noches le dedicaba la niña. Esa

sonrisa sincera y constante a lo largo de los años, que desaparecería si él no lo impedía. Supo que, si no hacía nada, la sonrisa de la niña nunca más volvería a recibirlo al volver del trabajo. Así que dejó caer la bolsa que llevaba, y se adentró en la casa. Cuando el padrastro lo vio venir le dio un puñetazo en la cara, pero eso no impidió que se abalanzara contra él y lo derribara. Mientras lo sujetaba con una mano en el cuello, el hombrecillo que había golpeado a la niña le propinaba golpes en el costado. Cerró su puño derecho y le golpeó en la cabeza. Al tercer impacto el nuevo padrastro ya había dejado de moverse, y él ya no recibía golpes en el costado. Aún así continuó golpeándole en la cabeza, una y otra vez, hasta que la niña lo agarró por el brazo gritando.

Intentó levantarse, pero las piernas le fallaron. Vio en la mano del que había sido el compañero de la madre de Nausica un reflejo acerado, y se llevó la mano al costado, donde había recibido los golpes. Tras palpase, su mano volvió empapada en sangre. Intentó levantarse una vez más, pero de nuevo le fallaron las fuerzas. Se derrumbó. La niña, llorando, se apoyó sobre él. Sentía como sus lágrimas le caían en la cara. Un par le cayeron cerca de sus ojos, y le pareció llorar a él también. Ella le cogió la cabeza y la apoyó sobre sus piernas. Por primera vez, en mucho tiempo, él sonrió. Comenzaba a tener sueño, ya era tarde, el día había sido duro. No quería dormir aún, pero se sentía muy cansado. Entre lágrimas, cuando ya se disponía a cerrar los ojos, vio como ella se inclinaba sobre él. Notó el húmedo y cálido contacto de sus labios en su frente. Sentía que ese contacto lo había cambiado. A partir de ese momento todo sería diferente, pero al mismo tiempo todo seguiría igual. Cerró los ojos pensando que al día siguiente volvería a ver la sonrisa de Nausica, sentada en el último peldaño de la escalera que llevaba al primer piso.